



La Santa Sede

PRIMER SÍNODO DIOCESANO DE ROMA

***DISCURSO DE SU SANTIDAD JUAN XXIII
A LOS ALUMNOS DE LOS SEMINARIOS
Y COLEGIOS ECLESIAÍSTICOS DE ROMA****

Iglesia de San Ignacio

Jueves 28 de enero de 1960

Queridos hijos:

Un vivo deseo de nuestro corazón nos ha sugerido la decisión de este encuentro para confiaros algunos pensamientos surgidos en Nos por los acontecimientos, tan importantes y solemnes, de las jornadas sinodales.

Vuestra presencia innumerable y serena, varia por la diversa procedencia, gratísima por el encanto de la juventud, es la más bella y pronta respuesta de la providencia del Señor a los cuidados de hoy y a la ansiedad de la Santa Iglesia con miras al clero de mañana, a su calidad, a su número y a las empresas apostólicas de sus miembros. El Sínodo Romano se embellece así con vuestra prometedora floración y refleja su belleza sobre todas las diócesis del mundo de las que provenís.

Piadosos y queridos recuerdos

La celebración del máximo acontecimiento de la vida religiosa de la Urbe y los recuerdos gloriosos que esta iglesia de San Ignacio guarda celosamente —como testimonio del alto servicio prestado por el anexo Colegio Romano a la ciencia sagrada y al apostolado— contribuyen a hacer feliz y expresivo este encuentro. Especialmente digno de respeto es el mausoleo del Papa Gregorio XV —Alejandro Ludovisi—, a quien bastó un pontificado de pocos meses (1621-1623) para adquirir insignes méritos en favor de la glorificación de San Ignacio y de San Francisco

Javier y de la cooperación misionera en el mundo entero. Os diremos, como en voz baja, que en los años de la vida seminarística romana, vinimos a menudo a este templo, al altar de San Luis y de San Juan Berchmans a pedirles su intercesión, como podéis imaginar, para que nos conservasen por siempre, sin atenuaciones de delicadeza y de esplendor, la gracia de la castidad.

Eran los años en que nuestra alma joven se preparaba bajo la égida y bendición de las hieráticas figuras del gran León XIII y más tarde de San Pío X, singularmente amable y paternal.

Es natural que también para este coloquio con vosotros, que sois los hijos más jóvenes, hayamos ido a buscar inspiración en la Sagrada Escritura, como ya hemos hecho en los tres días anteriores, dirigiéndonos a la solemne asamblea de los sacerdotes de nuestra diócesis. Para este fin viene en nuestra ayuda el *Libro de los Jueces* que, como bien sabéis, narra las gestas de los hombres que recogieron la herencia de Moisés y prepararon el difícil camino del pueblo elegido en su vida y en su historia.

Gedeón, conductor de una inmensa turba aparentemente pronta a afrontar todos los peligros y dificultades, oye cómo el Señor le dice que en las grandes empresas es preciso contar no con muchos sino con pocos. La selección es ley de vida, de progreso, de perfección.

Queridos hijos: queremos pensar que vosotros, después de los años de preparación en vuestra patria, sois soldados escogidos y segregados, según la llamada divina, para las futuras conquistas del reino de Dios. Una magnífica similitud de esta realidad la encontramos precisamente en el capítulo VII del Libro de los Jueces. Oíd: *Dixitque Dominus ad Gedeón: Multus tecum est populus, nec tradetur Madian in manus eius, ne gloriatur contra me Israel et dicat: Meis viribus liberatus sum. Loquere ad populum, et cunctis audientibus praedica. Qui formidolosus et timidus est revertatur (Libro de los Jueces 7,2-3)*. Como diciendo: *quien no tenga valor y se sienta tímido que vuelva atrás*.

Después de estas palabras, los veinte mil de aquella muchedumbre se redujeron a diez mil; y éstos descendieron todavía a solo trescientos, según la precisa indicación del Señor: *Duc eos ad aquas, et ibi probaba illos*. Y he aquí la prueba que pone de relieve la fortaleza, la seriedad, el espíritu de sacrificio de cada uno: *qui lingua lambuerint aquas... separabis eos seorsum; qui autem curvatis genibus biberint, in altera parte erunt... (Jc 7,4-5)*.

La aplicación es clara. El que se detiene, el que se para en las comodidades, el que quiere satisfacer toda la sed de los conocimientos y experiencias humanos no es, no puede ser un soldado del reino de Dios.

Queridos hijos. En el espíritu de este desprendimiento está encerrado el secreto de la fecundidad y del éxito de vuestra acción futura. Dejad, pues, que a vosotros, centinelas nuevos de los

tiempos modernos, dispuestos para bien diversas empresas que nada tienen que ver con el gesto de la conquista y del dominio terreno, sino más bien de las nuevas condiciones de una más ordenada convivencia de los pueblos, a quienes se vuelve y se proyectan el deseo y la actuación intrépida para unificar en Cristo a toda la humanidad, permitidnos que os confiemos tres pensamientos que llevamos muy en el corazón. No los hemos extraído de una revelación celestial, como en el caso de Gedeón, pero sí de las intimidades de nuestra prolongada oración. Helas aquí:

1. *Digne ambulate;*
 2. *Accipite librum et devorate illum;*
 3. *Psallite sapienter et frequenter.*
1. ***Caminad dignamente***

Ante todo os decimos: *Digne ambulate*. En estas palabras queda indicada la necesaria claridad de vida, de ideales, de propósitos, del carácter sacerdotal.

Llegados a Roma desde todas las partes del mundo os hermanáis aquí en vuestros diarios contactos. No hay diferencia sustancial entre vosotros que tenéis un patrimonio común y una aspiración común de servir a Dios y a las almas. Viniendo al centro del orbe católico, cada uno de vosotros ha traído consigo, desde su región de origen, la riqueza de antiguas enseñanzas, de tradiciones sanas, nobles y gloriosas. Y, aquí aprendéis a conoceros y, por ello, a mejor apreciaros; y a participar y fundir los dones de naturaleza y de gracia de que sois depositarios.

Como bien conoce vuestra alma, ardiente en juventud y anhelante ante las mieses que aguardan, no estáis en Roma para prepararos un puesto de privilegio; antes al contrario, para haceros los más prontos, los más expertos, los más humildes, los más generosos colaboradores de vuestros obispos e incluso de vuestros futuros hermanos que tanto confían en vosotros. Es este, por tanto, el período más fecundo de vuestra formación.

De ahí que con el corazón tembloroso os digamos: *Digne ambulate*. Que es como subrayar la invitación del Señor al fiel Abraham: *Ambula coram me et esto perfectus* (Gn 17,1).

Ante todo, caminar dignamente significa moverse hacia el enriquecimiento de la mente que debe abrirse a todo lo bello y lo santo, a la luz de Dios; moverse hacia la perfecta purificación del corazón, libre del dominio de las criaturas y por ello apto para comprender a quien se alegra y a quien sufre; moverse hacia las conquistas de la experiencia que debe robustecerse y madurarse con miras a las responsabilidades futuras; moverse hacia el logro de un trato siempre amable y cautivador. En una palabra, moverse en la dirección de «todo aquello que es verdadero, honesto, justo y santo; de todo aquello que hace amables, que da buen nombre» (Flp 4,8). Moverse desde esta Roma de los Apóstoles y de los mártires, de los monjes y de los misioneros hacia las nuevas conquistas. Porque cuando uno se para para situarse cómodamente y escuchar la voz de la carne

y de la sangre, se corre entonces, el peligro de convertirse en aguas estancadas. Moveos, pues: pero moveos *dignamente*.

Todo, en realidad, debe ser esplendoroso en vuestra formación; todo debe ser abierto y claro a vuestros ojos: no solo pregustando las castas alegrías de la misa santamente celebrada, sino también conociendo las dificultades que encontraréis, las incertidumbres y las dudas que parecerán querer nublaros y paralizaros.

Dignate ambulate. Atentos al corazón, a la sensibilidad, a las relaciones y reacciones. El eclesiástico no es un impulsivo; un sentimental, un hombre parcial, retraído, tímido, triste. El eclesiástico no se contenta con mediocridades. Ya desde los preciosos años de su formación quiere conocerse a sí mismo para superar las eventuales faltas y formarse en aquel ideal de perfección que el Señor exige: *et esto perfectus*.

2. *Recibid el libro y asimiladlo*

El segundo pensamiento os invita a las firmes delicias de la Sagrada Escritura: *Accipite librum et devorate illum* (Ap 10,9).

La figura profética del Apocalipsis esté siempre ante vuestros ojos; es el ángel del mar y de la tierra que por invitación de la voz del cielo os presenta a vosotros, como a Juan Apóstol, el Libro Sagrado. ¡Qué eficaz símbolo de la Iglesia extendiéndose sobre todos los continentes y ofreciéndoo su tesoro precioso!

En el Libro está consignada para cada uno la *voluntas Dei*; os está indicada la dirección de la vida y el secreto del éxito de todo buen apostolado que no se vanagloria nunca por los resultados humanos que pueden también faltar. Ved cómo actúa la Iglesia: con sus Concilios, con los Sínodos, con las prescripciones canónicas siembra en un siglo y recoge en los siglos sucesivos.

Aprended, pues, en el Libro Sagrado las indicaciones que se inspiran en la piedad más segura y nutrida y en la vida sacerdotal más esplendorosa. De los escritos del Protopatriarca de Venecia, San Lorenzo Justiniano, quisimos recoger en su día maravillosas concordancias de acentos sobre los beneficios del Libro divino; y queremos ahora traer ante vosotros sus palabras sacadas de la obra *De Casto connubio Verbi Dei*, tan profundas y luminosas: «La Sagrada Escritura es realmente el espejo que refleja la sabiduría del Verbo: es el arca santa de la divinidad —*divinitatis armarium*—. Nadie que a ella se acerque con pureza con prudencia, con humildad se retira de vacío. Aquella contiene la ciencia del bien vivir; bajo la corteza de las palabras, ¡qué desfile de altísimas verdades, de misteriosos sacramentos! Las maravillas de la Omnipotencia Divina creadora del mundo están allí; allí la cooperación del ministerio angélico y la instrumental del ministerio del hombre. Sobre todo aquellas santas páginas manifiestan admirablemente la bondad del Creador, el cual ha querido instruir la ignorancia humana, formarla en la fe, dar fundamento a

la esperanza, distraer al espíritu de las cosas visibles apacentándole en las invisibles y eterna» (D. Laur. Lustiniani... *Opera Omnia*, Venecia 1721 p. 157; cf. A. G. Card. Roncalli, *La Sacra Scriptura e San Lorenzo Giustiniani*, en *Rivista Biblica*, 195. pp. 291-21).

He aquí el alimento sustancial que solo os puede proporcionar el Libro Divino. He aquí el porqué de la invitación: *Accipite Librum et devorate illum*. En el punto de partida para las manifestaciones más sólidas de la piedad y de la acción ministerial, él puede abriros los horizontes de una vida interior profunda y misteriosa; e indicaros las devociones que caracterizan al buen eclesiástico de todos los tiempos y de todo lugar: la Eucaristía, el Sagrado Corazón, la Preciosísima Sangre; y después la Santísima Virgen; por último los Santos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Es toda una composición ordenada y admirable que debe ante todo estar en vuestra mente a fin de que podáis educar al pueblo santo de Dios en la ascesis de la piedad y de la práctica cristiana de 1ª vida.

3. *Alabad sabia y frecuentemente a Dios*

Un último pensamiento, queridos hijos: *Psallite sapienter et frequenter*. La invitación de Jesús es, a este propósito, clara y programática: *Oportet semper orare, et non deficire* (Lc 18,1). Que vuestra oración sea, pues, continua, meditada y reflexiva. Sea vuestro alimento, sea para vosotros como el aire que respiráis y que os mantiene con vida, preservándoos de los miasmas de una mentalidad mundana que podría poner en serio peligro vuestra vocación. Poned, por tanto, en práctica la gozosa invitación del apóstol: *Verbum Christi habitet in vobis abundanter in omni sapientia, docentes et commonentes vosmetipsos psalmis, hymnis et canticis spiritualibus, in gratia cantates in cordibus vestri Deo* (Col 3,16).

Fuente preciosísima de oración es el Salterio que un día habrá de seros familiar y hacerse pensamiento de vuestros pensamientos, sustancia viva de vuestra vida consagrada. Deseamos que ya desde ahora os sea familiar; por ello, estudiadlo y conocedlo en su conjunto y en sus partes. Meditad cada uno de los Salmos para descubrir sus recónditas bellezas y formaros un seguro *sensus Dei* y un *sensus Ecclesiae*; repasadlos despacio; elevaos desde los Salmos a la contemplación de las cosas celestiales y desde éstas volved la valoración mesurada y exacta de las cosas de la tierra, de la cultura y de la historia e incluso de los acontecimientos de cada día.

Se ha dicho que en los labios del sacerdote debe haber una continua oración. Pero esto, como todas las cosas del espíritu, no se puede improvisar ni reservar al tiempo que ha de seguir a la ordenación sacerdotal, porque entonces, si no está ya formado ese espíritu de oración, no faltarán las ocasiones, quizás por desgracia también las presuntas justificaciones —en nombre de la actividad y del trabajo— para un debilitamiento de aquél. Es esta la hora en que debéis haceros hombres de oración; y entonces cuánta luz, suavidad, calma, equilibrio; y también cuánto atractivo sobre las almas os resultarán de la familiaridad con el Salterio, alimento sólido de vuestra piedad.

¡Queridos hijos! Os hemos confiado tres pensamientos; y tenemos la firme esperanza y convicción de que serán germen de nuevo fervor para vosotros y para vuestros hermanos seminaristas de todo el mundo.

El Papa os ama con especial afecto, y muchas veces al día, pero especialmente en la mañana, durante la santa misa, y por la tarde, en el rosario, ruega insistentemente por vosotros.

El Papa os quiere bien. Cuando en las audiencias, en los actos litúrgicos, nuestros ojos se vuelven hacia los jóvenes seminaristas, sentimos que también los corazones exultan y están en perfecta consonancia.

Uno de los signos de confianza y de seguridad para el futuro sois vosotros. La Iglesia, en efecto, os ama y os confía las ansias y los cuidados de su mañana que no conoce cansancio ni vejez. Vosotros sois la perfumada primavera del mañana que nuestros ojos, como el corazón lo advierte con seguridad, gustan contemplar rica de santas afirmaciones para la Iglesia de Dios, mientras las manos se elevan alentadoras y bendicentes.

Proseguid, pues, dignamente, vuestro camino; sacad de la sagrada Escritura, Antiguo y Nuevo Testamento, la fuerza de la piedad, la prontitud de la obediencia a la voz de la Iglesia, el esplendor de la castidad, la generosidad del apostolado. Que podáis ser el consuelo de vuestros obispos, la gloria más pura de la tierra que os vio nacer. Humildemente conscientes de vuestra fragilidad, confiad siempre en la fortaleza de Jesucristo que os ha llamado a ser los continuadores de su obra de redención.

El clérigo camina sobre la tierra pero sus pensamientos, su corazón, sus ojos, miran al cielo. *Et videbunt faciem eius, et nomen eius in frontibus eorum. Et nox ultra non erit, et non egebunt lumine lucernae, neque lumine solis, quoniam Dominus Deus illuminabit illus, et regnabunt in saecula saeculorum* (Ap 22, 4-5).

A este espectáculo se vuelven conmovidos los ojos mientras las voces concordes y bien moduladas preparan y prolongan la exaltación de los tres cánticos: el *Benedictus*, el *Magnificat*, el *Nunc dimittis*, que en las primeras páginas del Evangelio están señalando el cumplimiento de las antiguas profecías y el comienzo de los tiempos nuevos, del Evangelio eterno, del Evangelio de libertad, de unidad de la familia humana y de paz.

Este Evangelio lo confía la Iglesia, animosa y siempre moderna, a vuestras manos. Queridos hijos, tal como lo recibís, custodiadlo: *in corde et in labiis vestris ut digne illud annuntietis!*

Con esta aspiración celestial os dejamos; y en trance de invocar sobre vosotros y sobre vuestros estudios la continua riqueza de los dones de Dios, os damos una amplia y bendición apostólica que queremos extender también a vuestros superiores y a vuestros padres que han comprendido

el don inefable de la vocación sacerdotal, y a cuantos son desde ahora el objeto de vuestros pensamientos y de las primicias de vuestro apostolado de oración y de sacrificio.

* AAS 52 (1960) 262-270

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana